

Iglesia católica y exterminio hebreo

ENTRE los gestos simbólicos apoyados por el papa, para el cambio de siglo y de milenio, se encuentra la evaluación de la historia pasada, en especial de aquellos acontecimientos que han influido de forma decisiva, a lo largo del siglo XX. Uno de los más llamativos ha sido indudablemente el genocidio del pueblo judío, ejecutado por las autoridades nazis en grandes sectores de Europa, después de cuidadosa programación. Muchos de los dirigentes nacionalistas que intervinieron directamente en tales crímenes eran católicos bautizados. Lo más grave, sin embargo, es que aquella ideología antisemita que les animaba tenía un claro precedente en el antijudaísmo, arraigado secularmente en la doctrina, la predicación, la catequesis y la conducta cristianas. Tras años de preparación y precedida de las peticiones de perdón de algunos episcopados europeos, como el alemán, el francés y el polaco, la Comisión pontificia para las relaciones religiosas con el hebraísmo acaba de publicar un documento de recuerdo de aquel exterminio, que ha suscitado posturas encontradas en la opinión pública. Ésta es la razón por la que nuestra revista estudia semejante texto, desde una postura de discernimiento crítico.

Manuel Alcalá*

* Jesuita. Periodista y escritor especialista en temas eclesiales. Madrid.

Iglesias y exterminio hebreo

EL documento *Recordamos: una reflexión religiosa sobre la «Shoah»*, presentado por la «Comisión pontificia para las relaciones religiosas con el hebraísmo» el 16 del pasado marzo, ha sido recibido muy diversamente por la opinión pública mundial. En la conferencia de prensa presidida por el cardenal E. Cassidy apenas pudo apreciarse la reacción de los asistentes, aunque se supo que la declaración había sido prácticamente consensuada entre la «Comisión pontificia» y el «Comité internacional judío para consultas interreligiosas» (1).

El texto original inglés, traducido y publicado en algunos periódicos y luego en revistas especializadas es breve, de clara estructura y sencilla exposición. Su sinopsis sería la siguiente:

1. Deber de memoria del exterminio. Condena del genocidio. Se pide la participación eclesial.
2. Se trata de una memoria moral y religiosa del mayor padecimiento histórico del judaísmo.
3. Balance histórico negativo de las relaciones judaísmo-cristianismo, agravado por las teorías racistas que ocasionaron el antisemitismo, siempre condenado por la Iglesia católica.
4. Antisemitismo nazi y «Shoah». Relación entre antijudaísmo y antisemitismo. Insolidaridad. Lamento de las reacciones negativas de los hijos de la Iglesia. Actitud pro judía de Pío XII. Agradecimiento de las autoridades judías por las vidas salvadas. Cambio desde el Vaticano II.
5. Mirando juntos el futuro. Textos diversos de Juan Pablo II (2).

Las reacciones no han sido todo lo positivas que el Vaticano hubiera deseado. Aunque se reconoce que es un paso adelante en la difícil relación entre la Iglesia y los hebreos, los reparos aparecen a cada momento. Tras una primera impresión positiva surgen varias reservas que han sido recogidas por la opinión pública, sobre todo la de procedencia hebrea, judía o israelí.

(1) «Shoah», en hebreo, exterminio y devastación (Is. 31, 11). «Holocausto» es término griego que indica un sacrificio religioso total al fuego. El exterminio de la población hebrea en el S. XX no fue de índole religiosa. El documento ha preferido, pues, utilizar el término «Shoah».

(2) *Eclesia* n.º 2.886 (1998) 32-37 y *Vida Nueva* n.º 2.131 (1998), 24-48. En Internet sólo figuran algunos párrafos más significativos.

La primera cuestión es la *tardanza* del texto. No se explica que su redacción tan sencilla haya durado tanto tiempo. La respuesta del cardenal E. Cassidy: haber esperado declaraciones de otras Iglesias particulares, no era convincente, pues apenas se nota su dependencia. Por otra parte, el documento es *tímido* y no ha cumplido las expectativas, surgidas en grandes sectores de la opinión pública que conocían su preparación. Además, el texto produce la impresión de un *impulso frenado*, carente de energía. Las citas que aduce de Juan Pablo II son muchísimo más rotundas y convincentes. En cuarto lugar, *se descarga la responsabilidad* en personas o grupos genéricos, evitándose escrupulosamente cualquier imputación a la jerarquía. Finalmente, el *prurito por salvar la figura del papa Pío XII* ha despertado una polémica dormida.

Un proceso largo y complicado

LA preparación remota de esta declaración empezó con motivo de la protesta judía ante la audiencia papal a Kurt Waldheim (1987), responsable de crímenes, como oficial nazi en la II Guerra Mundial. Al año siguiente se tuvo la reunión del «Comité internacional judío para remas inerrreligiosos» con la «Comisión pontificia para las relaciones religiosas con el hebraísmo». Su presidente, el cardenal J. Willebrands, anunció un futuro documento católico sobre el exterminio.

Dos años después, durante otra reunión de ambas comisiones en Praga (1990), E. Cassidy, el nuevo arzobispo presidente de la pontificia, afirmó que un auténtico cristianismo no puede ser antisemita y que la existencia histórica del antijudaísmo en la conciencia y praxis cristianas exigía un acto de «*teshubá*», en hebreo: arrepentimiento y perdón.

Este proceso se aceleró en la primavera de 1994, al enviar Juan Pablo II el *memorandum*: «Reflexiones sobre el Jubileo del año 2000», a todos los cardenales, convocándolos para un consistorio extraordinario el 12 de junio próximo. Allí se debían estudiar los puntos siguientes: Convocatoria de *asambleas continentales* del Sínodo de los obispos. *Encuentro ecuménico* de las Iglesias cristianas, en Belén y en Jerusalén. *Asamblea religiosa* de cristianos, judíos y musulmanes en el Sinaí. *Reconciliación y penitencia*, cara al nuevo milenio. Finalmente, la *Redacción de un nuevo martirologio ecuménico* de las Iglesias. Sobre la cuarta sugerencia que afecta a nuestro tema, dice textualmente el *memorandum*:

«Conviene... que la Iglesia, a la luz del Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio... Esto no dañará el prestigio moral de la Iglesia. Más bien saldrá reforzado por el testimonio de la lealtad y valor al reconocer los errores cometidos por sus fieles y, hasta cierto punto, en su nombre» (3).

Durante el consistorio hubo, al parecer, alguna división de opiniones. La mayoría aplaudió las asambleas sinodales, el encuentro ecuménico y el martirologio. Hubo algunas reservas sobre el encuentro interreligioso y varias más, ante la petición del perdón eclesial. Algunos cardenales temían que tal actitud crease nuevas polémicas y dudaban de sus ventajas pastorales. El fondo del problema era la reserva ante cualquier formulación de un «pecado colectivo» de la Iglesia.

Meses después, Juan Pablo II publicaba su carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (14-XI-1994) en idéntica línea al *memorandum*, aunque ya se advierta en ella el impacto del consistorio. El papa habla de penitencia de una Iglesia santa, por los pecados de los hijos (4).

En el primer trimestre del año siguiente, el papa creó un *Comité central del gran Jubileo* (16-III-1995), cuyo consejo cardenalicio estaba equilibrado por F. Arintze, E. Cassidy, V. Noé y C. Ruini, bajo la presidencia de R. Etchegaray. En su primera reunión en Roma, (15-II-1996), participaron 107 obispos y 6 delegados fraternos de sendas confesiones cristianas. Entonces se formó una comisión de teólogos e historiadores, compuesta al parecer de 17 miembros, en su mayor parte religiosos (16) con sacerdotes seculares (9) y laicos (2), presidida por G. M. Gottier OP. Parece que tal comisión redactó el primer borrador sobre la «Shoah» (5).

Finalmente, el 25-V-1995 Juan Pablo II publicaba su encíclica sobre la unidad *Ut omnes unum sint*, también en la línea del *memorandum*. Para algunos es el punto de avanzada del actual pontífice que pide ayuda a otras confesiones, para el ejercicio de su ministerio de Pedro.

(3) *Il Regno*, 39 (1994) 449-454.

(4) *Ecclesia* n.º 2.712 (1994) 1.774-1.794. Sobre todo, párrafo 33. pp. 1.785-1.786.

(5) L. Accatoli, *Mea Culpa. Cuando el papa pide perdón*. Barcelona, 1997, 62-84. El autor dice que el principal opositor del *memorandum* fue el cardenal arzobispo de Bolonia, Giacomo Biffi. Al filtrarse a la prensa su contenido, el tema encontró también serios oposición en la revista *30 Giorni* y en los publicistas V. Mesori y A. Socci.

Análisis del documento

LA primera evidencia del presente texto, cuya génesis ha durado un decenio, es que no se trata de un documento papa, sino *curial*. Ciertamente que lo precede un breve mensaje, donde Juan Pablo II desea que «ayude de verdad a cerrar las heridas de las incomprensiones e injusticias del pasado». Además, incluye 13 citas del actual pontífice y varias otras de sus predecesores. Sin embargo, no es un documento papal, cosa que hubiera sido muy deseable, de mucho más fácil redacción y, sobre todo, de mayor entidad magisterial.

Además, el presente documento se autodefine como una *reflexión*. Dentro del género de los documentos curiales, tal calificación no reviste gran autoridad, tanto menos cuanto que procede de una subcomisión, dependiente de otro «consejo pontificio» con bastante mayor rango (6).

De otra parte, resulta muy llamativa la referencia a las *relaciones judeocristianas*. Por un lado, se reconoce que es una historia «atormentada», cuyo balance a lo largo de dos milenios ha sido bastante negativo. Sin embargo, al enumerarse algunos acontecimientos que influyeron en tal situación, nunca se insiste en señalar a las autoridades eclesiásticas, como su causa mediata o inmediata. Eso lleva consigo minimizar la importancia del *antijudaísmo eclesiástico y eclesial*, para centrarse casi exclusivamente en el *antisemitismo* del S. XIX, como en un producto de los nacionalismos exacerbados que culminarían luego en el *nazismo*. En cambio, se insiste en que la Iglesia jerárquica condenó el racismo; se citan documentos de los obispos alemanes, el caso del mártir canónico de Berlín, B. Lichtenberg recientemente beatificado, la encíclica de Pío XI *Mit brennender Sorge* (Con ardiente preocupación) contra la ideología nazi y, finalmente, las actuaciones en favor de los judíos de Pío XII (VII).

Tal antología de textos, aun siendo perfectamente verdadera, era arriesgada porque iba a ser necesariamente incompleta. Además, por si todo esto fuera poco, carece de contrastes. Así, no alude al importante influjo que tuvieron clérigos vieneses del S. XIX: J. Deckert, J. Scheicher y B. Brunner, en la consolidación y fuerza de la «liga antisemita» en la capital imperial. No debe olvidarse que A. Hitler era austríaco y que sus primeros contactos antisemitas tuvieron lugar en Viena. Para evitar simples sombras de parcialidad hubiera sido quizá mejor, o bien omitir los testimonios o, al menos, equilibrarlos con otros contrarios, no menos verdaderos.

(6) Esta comisión fue creada por Pablo VI (1974) como organismo vinculado al Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos.

En cuarto lugar y, a nuestro parecer lo más lamentable, es que el texto curial debilita, de hecho, *la conexión entre antijudaísmo y antisemitismo* mediante una pregunta retórica a la que se añaden posibles excusas o agravantes como ignorancia, miedo, lucro o envidia: «Hay que dar una respuesta caso por caso. Para hacerlo hay que saber qué fue exactamente lo que motivó a cada persona en su situación concreta» (IV). Semejante aclaración es cierta, pero no pasa del ámbito ético general y, en el contexto, suena a difuminación de responsabilidades.

En quinto lugar, respecto al *nazismo en sus relaciones con la Iglesia*, sólo se habla de los «resistentes», en mayor o menor grado, no de quienes adoptaron actitudes «entreguistas». Este último caso fue el de parte del episcopado y del clero, tanto alemán como austríaco. Bastantes autoridades eclesiásticas se deslumbraron en los primeros años del III Reich, ante sus llamativas realizaciones socioeconómicas y patrióticas sin arrender al enorme costo de injusticia y violación de derechos humanos que llevaban consigo. Es cierto que numerosos simpatizantes de aquellas primeras etapas, incluido un grupo relativamente importante de militares, cambiaron de opinión, debido a los desafueros cometidos con los judíos en la ocupación de Polonia. Aquello les hizo cambiar y quienes no habían sido confesores se transformaron a veces en mártires de la fe y de la justicia en el sentido más cruento de la palabra. Sin embargo, no pasaron de una minoría sin vinculación oficial con la jerarquía. La imagen que ofrece nuestro documento es, pues, inexacta.

El «caso» Eugenio Pacelli

LAS reservas, especialmente vivas en círculos israelíes, tienen un punto de convergencia: la actuación de Pío XII ante la «Shoah». El texto defiende largamente al pontífice en su nota 16. Este tema había saltado a la opinión pública, bastante después de la II guerra mundial, cuando el alemán Rolf Hochhuth publicó su obra *El Vicario* (1961) escenificada con éxito en Europa y América y que es notablemente injusta con el pontífice, lo mismo que la del norteamericano Robert Katz *Muerte en Roma* (1965) (7). La tesis de ambos es que Pío XII no fue, ni sensible, ni valiente, para condenar la exterminación hebrea tanto en

(7) A. Martino, «La vera Storia e "Il Vicario" de Rolf Hochhuth», *La Civiltà Cattolica* 115 (1964) 437-454; S. Sola, «Polémica y escándalo en torno a *El Vicario de Hochhuth*», *Resista* 1 (1964) 77-80.

Centroeuropa como en la Roma ya ocupada por el III Reich desde septiembre de 1943. Eugenio Pacelli fue, pues, un nuevo «Pilatos».

La marejada antipacelli se había calmado, sobre todo cuando Pablo VI abrió los archivos del Vaticano a cuatro historiadores jesuitas (1964) encargándoles publicar todos los documentos de la II Guerra Mundial. La obra se terminó en 1981. El tomo II: relaciones de la Santa Sede con los obispos, presenta 124 documentos referentes a Alemania, desde la elección de Pío XII en marzo de 1939 hasta marzo de 1944 con Roma ocupada por el III Reich (8). Ante la reacción provocada por el texto que nos ocupa, Pierre Blet, S. I., único superviviente de los cuatro editores, ha vuelto a salir en defensa del pontífice con un artículo ponderado. (9).

Queda claro que Eugenio Pacelli conocía muy bien Alemania y al nazismo. Como nuncio de Benedicto XV en la corte bávara (1917), conoció la fundación del partido nazi, (1920), su prohibición (1923) y refundación (1925). Al marchar a Berlín como nuncio de Pío XI (1928), intervino en la condenación del racismo por el «Santo Oficio» romano y en el concordato con Prusia (1929) como antes en el de Baviera (1924). E. Pacelli hablaba a la perfección el alemán y apreciaba las cualidades de su pueblo. Prueba significativa de ello sería una doble elección a nivel personal: la del historiador Robert Leiber, S. I., como secretario privado, y la de la religiosa Pasqualina Lehnerr, su «ama de llaves» con una pequeña comunidad de religiosas, desde sus tiempos de nuncio en Alemania y luego en Roma hasta su muerte.

Ya como cardenal secretario de Estado de Pío XI (1930), E. Pacelli vivió con gran angustia el triunfo progresivo del partido nazi y su evolución totalitaria. Por su cargo, le tocó el estudio y elaboración del concordato pedido por Berlín. La pregunta clave es: ¿Por qué consintió firmar aquel tratado, cuando los presagios eran siniestros? Pocos meses antes de su firma, ya se había construido en Dachau (Munich) el primer campo de concentración; el III Reich se encontraba en estado de excepción; el ejecutivo asumía poderes legislativos; y se habían abolido y prohibido los sindicatos y partidos políticos con excepción del nazi.

R. Leiber en un artículo que causó sensación, reconoció que la mayor parte del episcopado alemán y, por supuesto, el nuevo nuncio en Berlín, Cesare Orsenigo, querían el concordato, al pensar que era una de las pocas

(8) P. Blet, A. Martino, R. A. Graham, B. Schneider, *Actes et documents du Saint-Siège relatifs à la seconde guerre mondiale*. I-XII, Città del Vaticano 1961-1981. R. A. Graham entró en el cuerpo editorial en 1957. A partir de 1965 ayudó decisivamente R. Leiber.

(9) P. Blet, «La leggenda alla prova degli archivi. Le ricorrenti accuse contro Pio XII» *La Civiltà Cattolica* 149 (1998) I. 531-541

posibilidades de salvar a la Iglesia alemana (10). La jerarquía, por lo demás, estaba dividida. Su línea «blanda» ante el nazismo estaba integrada entonces por el cardenal A. Bertram (Breslau), presidente de los obispos de Alemania, por el arzobispo A. von Galen (Münster), luego radical antinazi, y por otros varios. En la línea más «dura» estaban los cardenales K. J. Schulte (Colonia) y M. von Faulhaber (Munich), junto con el obispo V. Von Preysing (Eichstätt), la cabeza más lúcida de aquel difícil momento. Esta división fue grave.

Lo cierto es que el concordato, firmado el 20-VII-1933, dio mucho prestigio al III Reich, haciéndole ganar las elecciones de noviembre por el 92 por 100 de los votos. Alivió muchos escrúpulos de algunos católicos críticos y significó un triunfo de la política nazi, ante el Vaticano. Por si todo fuera poco, hay que añadir que tan solemne tratado fue sistemáticamente violado por el gobierno nazi. Las protestas del nuncio, siempre por vía diplomática, no sirvieron para nada.

La reacción de Pío XI ante la situación fue contundente con la encíclica *Mit brennender Sorge* (4-III-1937), considerada por el III Reich como ruptura fáctica del concordato y ocasión de una verdadera persecución de la Iglesia. Esta encíclica se debe en gran parte a E. Pacelli que incluso endureció el primer proyecto de von Faulhaber (11). En España, ya en plena guerra civil, el documento fue muy poco difundido, para no herir la susceptibilidad de una Alemania que ayudaba al sector nacional. E. Pacelli en persona respondió en *L'Osservatore Romano*, a la violenta protesta de Berlín y transmitió a todas las nunciaturas, la orden del papa Ratti de tener extrema reserva con todos los embajadores y diplomáticos alemanes. Hasta se llegó a pensar en cerrar la nunciatura en Berlín, pero los obispos se opusieron a ello, al temer que, cerrada la vía diplomática con el Vaticano, la Iglesia católica alemana quedaría totalmente aislada.

Un año después, tras la «anexión» de Austria al III Reich (13-III-1938), E. Pacelli intervino personalmente en la durísima reprimenda de Pío XI al cardenal arzobispo de Viena, T. Innitzer, por la carta escrita, apoyando el referéndum que legalizaba aquella ocupación. La rúbrica de los obispos austríacos, iba precedida de un equívoco «¡Heil Hitler»!. Th. Innitzer debió rectificar y entonces las juventudes hitlerianas violaron salvajemente su palacio arzobispal.

(10) R. Leiber, «Reichskonkordat und Ende der Zentrumsparcie», *Stimmen der Zeit* 86 (1960-61) 213-223.

(11) A. Martini, «Il card. Faulhaber e l'enciclica de Pio XI contro il nazismo», *La Civiltà Cattolica*, 115 (1964) IV, 421-423.

Dos días después de su elección como papa, Pío XII se reunió con los cuatro cardenales electores alemanes, consultándoles si convenía escribir una carta de saludo al canciller A. Hitler. Asistieron a la reunión A. Bertram (Breslau), A. Schulte (Colonia), M.v. Faulhaber (Munich) y Th. Innitzer (Viena). Según figura en el protocolo de aquella conversación, todos los preladados alemanes aprobaron la idea del mensaje pacífico del papa al «Führer». Se redactó en alemán para evitar susceptibilidades y traducciones. Claro es que aquella medida no sirvió de nada (12).

Más tarde el papa rechazó las dimisiones que le presentaron M. von Faulhaber (Munich) y K. von Preysing (Berlín) y, tras la derrota de Polonia y su ocupación, contactó con los obispos polacos, enviándoles cartas de protesta contra las atrocidades de los ocupantes. El arzobispo A. Sapielha (Cracovia) como otros obispos le dijeron que preferían no publicarlas, por temor a represalias más violentas. Esta había sido también la actitud de Pío XI contra los desafueros cometidos en la URSS, por la revolución soviética. Respecto a la actitud del papa Pacelli con los judíos de Roma no puede olvidarse la situación caótica de la ciudad, invadida de miles de agentes de la Gestapo, a quienes ni el ejército alemán podía controlar. Los casos de omisión de Pío XII no han podido documentarse. Su secretario R. Leiber afirma que, aunque se hubieran deseado unas declaraciones papales más enérgicas, el papa calló para evitar represalias mucho más violentas. En esto coinciden algunos historiadores hebreos, como L. Poliakov. Su objetivo fue salvar vidas humanas a toda costa. Podrá discutirse si tal medida de prudencia fue acertada, pero esto es algo muy distinto a cobardía o timidez (13).

Lo mismo se diga del proyecto de encíclica de Pío XI *Humani Generis Unitas* que fue encargado a varios jesuitas y que, a la muerte del papa Ratti, no fue retomado por Pío XII (14). Todos estos temas eran, sin embargo, tan complicados que hubiera sido mejor omitirlos en el texto que estamos comentando, presupuestos sus fallos más arriba aludidos. En cambio, han accerrado otras peticiones de perdón, realizadas por diversas conferencias episcopales.

(12) A. Martini, «Pío XII e Hitler», *La Civiltà Cattolica*, 116 (1965) I. 342-354.

(13) R. Leiber, «Pius XII und die Juden in Rom 1943-1944», *Stimmen der Zeit*, 86 (1960-61) 428-436. L. Poliakov, *Bréviaire de la Haine. Le III Reich et les Juifs*. Paris, 1951.

(14) G. Passeleq, B. Suchecky, *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó*. Madrid, 1997. Este título no responde al original: *L'Encyclique cachée de Pie XI. Une occasion manquée de l'Eglise face à l'antisémitisme*, Paris, 1995.

La Iglesia alemana pide perdón

Al menos en tres ocasiones la Iglesia alemana ha pedido públicamente perdón por su turbia conducta ante el exterminio. Es lógico, pues fue la más afectada por la situación catastrófica. La primera vez, al final del *Sínodo interdiocesano* de Würzburg, por todas las diócesis de la entonces RFA (1975). En su documento *Nuestra esperanza* se decía textualmente:

«Somos el país, cuya reciente historia política está ensombrecida por intentos de aniquilar sistemáticamente al pueblo judío. En aquella era del nacionalsocialismo y, a pesar de las ejemplares conductas de personas y grupos aislados, fuimos globalmente una comunidad eclesial mucho más interesada en su propia estabilidad y en el funcionamiento sin roce de sus propias instituciones que en el destino de aquel pueblo judío perseguido. La honradez práctica de nuestro deseo de renovación depende de la confesión de aquella culpa y de la disponibilidad para aprender dolorosamente de la historia de aquella culpa, de nuestro pueblo y de nuestra iglesia» (15).

Esta confesión ejemplar fue repetida al recordarse el 50 aniversario de la «Kristallnacht», en noviembre de 1938, cuando cientos de sinagogas fueron incendiadas o arrasadas en todo el territorio del III Reich; muchos cementerios judíos violados; miles de sus comercios demolidos; innumerables casas de familias judías dañadas y saqueadas; varias decenas de miles de personas burladas, maltratadas, deportadas e incluso asesinadas, sin que los obispos protestasen de forma pública. En este caso, al episcopado de la RFA se unieron también las conferencias episcopales de la RDA de Polonia y de Austria. El punto más importante de la declaración alemana decía así:

«No puede aceptarse la propia historia de modo selectivo y evitando sus cargas. Tenemos que cargar con el peso de la historia. Somos culpables ante las víctimas, cuya pasión y muerte no nos es lícito olvidar. Somos culpables ante los supervivientes y parientes, pues, de otro modo, cualquier diálogo y cualquier convivencia nueva con ellos sería imposible. Pero también somos culpables ante la Iglesia y ante nosotros mismos. La historia no es algo exter-

(15) Vollversammlung der gem. Synode der Bistümer der BRD, *Unsere Hoffnung*, IV. 2.

no. Es parte de la propia identidad de la Iglesia y debe recordarnos que la Iglesia, a la que confesamos como santa y a la que veneramos como misterio, es también una Iglesia pecadora que necesita conversión» (16).

Siete años más tarde, la conferencia episcopal de la Alemania, ya reunificada, pedía perdón con motivo del 50 aniversario de la liberación del campo de Auschwitz-Birkenau (Polonia), el símbolo más elocuente de la «Shoah». En la declaración se decía así:

«Los judíos colaboraron decididamente al desarrollo de la ciencia y la cultura alemana. Sin embargo, siguió existiendo, también en ámbitos eclesiales, la actitud antijudía que colaboró a que los cristianos, en los años del III Reich, no ofrecieran la resistencia debida contra el antisemitismo racista. Entre los católicos hubo muchos fallos y culpas. No pocos se dejaron prender de la ideología del nacionalsocialismo y permanecieron indiferentes ante el crimen contra las propiedades y vidas judías. Otros favorecieron los crímenes e incluso fueron ellos mismos criminales. No se sabe el número de quienes, ante la desaparición de sus parientes judíos, se quedaron asombrados pero sin fuerza suficiente para protestar públicamente. Los que ayudaron, incluso con peligro de sus vidas, permanecieron solos con frecuencia. Hoy nos oprime hondamente que sólo se llegase a iniciativas aisladas y que, tras los «progroms» de noviembre de 1938... no se hiciera ninguna protesta pública... Pedimos al pueblo judío que escuche esta palabra de conversión y deseo de renovación» (17).

Como puede verse, en estos tres comunicados no se hurta el bulto al pecado colectivo ni se inrentan diluir responsabilidades, recurriendo a la situación de cada persona o de cada grupo. Esto explica que tal declaración fuese recibida por la opinión pública con un tremendo respeto.

El episcopado francés

LA ocupación de Francia por el III Reich (1940) dividió al país en dos zonas: una bajo la administración de

(16) *Herder Korrespondenz*, 42 (1988) 566-571.

(17) *Ecclesia* n.º 2.728 (1995) 402-403. «Declaración del episcopado polaco», *ib.* 403-305.

Berlín y otra, bajo la relativa autonomía del mariscal F. Petain. Obligado a colaborar, el régimen de Vichy hizo concesiones intolerables: numerosos jóvenes franceses fueron deportados a Alemania para trabajar para la industria de guerra y comenzó la vigilancia de los judíos, pronto degenerada en persecución. Con la aplicación de la operación «Noche y niebla» (1941) miles de hebreos fueron detenidos, concentrados en campos y luego deportados al III Reich para su exterminio. El caso más pavoroso fue el de 4.000 niños judíos conducidos a Auschwitz desde el campo de Drancy (París-Le Bourget) en agosto de 1942.

Aunque hubo algunas protestas aisladas contra aquellas medidas, tan sólo seis obispos del episcopado francés solicitaron ayuda para los judíos. Aquello produjo enorme tensión eclesial. Al final de la guerra (1945), el gobierno de De Gaulle pidió a Roma la destitución de 25 obispos franceses, considerados «colaboradores» por la opinión pública. Gracias a la intervención del entonces nuncio en París A. G. Roncalli, futuro papa Juan XXIII, sólo siete fueron destituidos: cuatro en el territorio nacional y tres en las colonias. Era una herida histórica.

El 30 de septiembre de 1997 se celebró un solemne desagravio a los judíos del campo de Drancy. Asistían ex prisioneros sobrevivientes y el presidente del consejo de las instituciones judías de Francia. El obispo local de Saint Denis, Olivier de Berranger, del instituto del Prado, leyó en nombre de los obispos, en cuyas diócesis hubo campos de concentración para judíos, una declaración de arrepentimiento, breve, directa y emocionante.

El punto de partida es la invitación papal de la encíclica *Tertio millennio adveniente*. Tras recordar brevemente la legislación antisemita de Vichy y a los primeros 40.000 judíos en campos de internamiento franceses (1941), se reconoce claramente que la jerarquía francesa consideró prioritaria la protección de sus propios fieles e instituciones, antes que la exigencia bíblica de respeto hacia todo ser humano, creado por Dios:

«En su mayoría, las autoridades espirituales petrificadas en una lealtad y docilidad que iba mucho más allá de la obediencia tradicional al poder establecido, se quedaron acantonadas en una actitud de conformismo, prudencia y abstención, ente el temor a represalias contra sus obras y movimientos juveniles... no concienciaron que en un cuerpo social dislocado... ante el silencio de otras instituciones, su palabra por su resonancia podía poner un dique a lo irreparable... Hubo ciertos gestos de solidaridad, pero debe preguntarse si la caridad y la ayuda mutua bastan para satisfacer las exigencias de justicia y respeto a la persona humana»

El obispo de Saint Denis recordó que los obispos franceses no protestaron en público y que con tal silencio facilitaron el desencadenamiento de un engranaje mortífero. Aunque sin juzgar a nadie, se deben valorar los comportamientos y las acciones. No faltaría una alusión a la importancia del *antisemitismo* tradicional en la doctrina, catequesis, teología, liturgia y otros sectores eclesiales, aparte de los seculares. Allí enraizó el odio antijudaico, el adormecimiento de las conciencias y la disminución de resistencia cuando surgió con toda su violencia criminal en antisemitismo nazi. Tras recordar algunos casos excepcionales de protesta, la declaración terminaba así textualmente:

«Ante la amplitud del drama y el carácter inaudito del crimen, demasiados pastores de la Iglesia han ofendido por su silencio a la misma Iglesia y a su misión. Hoy confesamos que tal silencio fue culpa. Reconocemos que la Iglesia en Francia fracasó en su misión educadora de las conciencias y, por eso, tiene con el pueblo cristiano la responsabilidad de no haber ayudado desde el primer momento cuando eran posibles y necesarias la protesta y protección aun habiendo después innumerables actos de valentía. Es un hecho que hoy reconocemos, porque tal fallo de la Iglesia de Francia y su responsabilidad con el pueblo judío forman parte de su historia. Nosotros confesamos esta culpa. Imploramos el perdón de Dios y le pedimos al pueblo judío que escuche esta palabra de arrepentimiento. Este acto de memoria nos llama a una creciente vigilancia por el hombre en el presente y el futuro» (18).

Esa admirable declaración que coincide llamativamente con las del episcopado alemán, fue recibida con gran satisfacción por las autoridades judías, al no presentarse ninguno de los puntos débiles reseñados en la declaración curial sobre la «Shoah». Henri Hajdenberg, en nombre de las instituciones judías de Francia, lo expresó con las siguientes palabras:

«Vuestra petición de perdón tan intensa, tan fuerte, tan punzante tendrá necesariamente que ser escuchada por las víctimas supervivientes y por sus hijos. Ella encuentra eco profundo en nuestros corazones y nuestro espíritu. Sin borrar el pasado, sin permitir el olvido, el perdón pedido alivia la carga de resentimiento. Sin ninguna duda la trascendencia histórica de vuestra declaración abre caminos nuevos en el campo de las relaciones entre cristianos y judíos y hace esperar un diálogo más

(18) *L. Documentation Catholique*, 79 (1997) 870-872.

fraternal y un reconocimiento pleno y entero de la legitimidad de la fe del otro» (19).

Si el documento de la «Comisión pontificia para las relaciones religiosas con el hebraísmo» hubiera retomado tales sugerencias de ambas conferencias episcopales, no sólo habría evitado reservas justificadas de muchos sectores, sino que habría respondido mucho mejor al sentido del auténtico perdón evangélico, como aparece en las declaraciones públicas de Juan Pablo II.

(19) *Ibid.*, 874.